



CAPITULO VII

Nepotismo, amistosidad y paisanismo

El nepotismo sagrado en las autocracias y oligarquías

Los detractores moralistas de la Dictadura, con austeridad de cirujanos, cauterizadores y amputadores, declaran al Príncipe, cínico cual Heliogábalo, por haber contratado obras públicas, estimadas en muchos millones de pesos, con su hijo "Porfirito," oficialmente llamado el teniente coronel Porfirio Díaz. Del mismo modo se le acusa, por haber procurado enriquecer a los miembros de su familia natural y social. Arde a los censores la banda de general obsequiada a don Félix Díaz por su tío, excitando en el sobrino presidencial ambición, comparada a puñal empapado en curarina, clavado en el ombligo de la patria.

Los mismos detractores, lapidan al señor Limantour por las mercedes y gracias que otorgó a su hermano don Julio y a su pariente político lejano, casi impolítico, el señor ingeniero Gorozpe.

Yo, como hombre de ciencia, encuentro el nepotismo respetable y sagrado en las autocracias. Las religiones lo divinizan como a toda ley sentimental, elevada, orgánica en la especie humana. Según el Rig-Veda, el Sol, autor de todo lo que existe, es marido de la Luna, autora del amor, y los más bellos planetas son la prole de esa unión de dioses, pues el Sol no creó a la Luna, pero son parientes. Los dioses tétricos del brahama-

nismo son parientes entre sí, forman un verdadero *clan* de monstruos. En el Olimpo de los griegos, reina Zeus, rodeado de sus parientes, y los más allegados son los más distinguidos y de mayor influencia. Lo mismo acontece con el Júpiter de los romanos. El paganismo puede considerarse la verdadera cuna del feminismo, las diosas tienen voz y voto, y dentro de sus facultades constitucionales, los mismos derechos que los dioses.

En el judaísmo, Jacob, después de haber dejado a la luna de Valencia, aunque no existía Valencia, a su hermano Esaú, proletario por haber vendido su patrimonio por un plato de lentejas, acata la orden de Jehová, de entregar la población a sus doce hijos, los que son considerados como jefes de las doce tribus respectivamente, por derecho divino. Notable prueba de que Jehová favoreció el nepotismo.

En el islamismo, Mahoma lucha, rodeado de sus parientes, los ensalza en el Korán y son los primeros califas. No hay que olvidar, que el Korán es ley político-religiosa, y en ninguna forma de gobierno ha estado ni se ha mantenido unida la Iglesia y el Estado como en la musulmana. El Korán es ley revelada al Profeta, y enseñada por éste a los adoradores del Muy Alto. Todos los musulmanes, poseedores de sangre del Profeta, en sus venas, constituyen casta sagrada. Pero las exigencias de la política llegan a desvirtuar los preceptos de la religión, y se hace necesario reformar ésta para salvar al Reino.

El hogar de las familias soberanas orientales, casi nunca ha sido un oasis de serenidad y de inefables placeres lícitos o ilícitos, para la exquisita parentela. La hez social ha disfrutado, en ciertas épocas, de más garantías que los príncipes de sacra sangre.

En Turquía, las cosas se pusieron tan graves por las ambiciones personales, que fué necesario hacer del fratricidio la salvación del Imperio. "La mayor parte de los legisladores que hicieron el Kanoun-Naméh de Mohamed II, han declarado, dice el Sultán,

que aquellos de mis ilustres hijos y nietos que ocupan el trono, podrán matar a sus hermanos y a los hijos de éstos, a fin de asegurar el reposo del mundo." "La misma razón de Estado domina el destino de las hijas del Sultán, llamadas sultanas; pueden casarse, pero sus hijos varones, al partir de Almed I, fueron condenados a muerte" (1). Mourad III, lo primero que hizo al subir al trono, fué hacer estrangular a sus cinco hermanos " (2). Mourad III, tuvo ciento dos hijos, que fueron desapareciendo rápidamente. La Valie Nour Banou, llamada la Catalina de Médicis del Oriente, fué una gran gobernante, que logró la paz por medio de un gran trabajo de asesinatos políticos; la prensa mexicana ha publicado noticias terribles respecto de los medios usados por la última y notable Emperatriz de China, para deshacerse de los parientes sospechosos de ambición.

En los tiempos actuales, en Europa, sólo en los Balcanes se han conocido escenas de pasados amargos tiempos de exterminio de parientes. En nuestra querida América, es una delicia ser pariente en primer grado del Soberano. Los hijos, hermanos o sobrinos del "demócrata" que se está sacrificando en el poder, dividen el país en tribus, como los hijos de Jacob, aun cuando sean numerosas. La diferencia consiste, en que si las tribus formadas conservan siempre su carácter judáico, no arranca de las plebes, sino de las clases adineradas, y que lo dividido en tribus son los negocios. Cada monopolio representa una tribu de Judea, sin que perjudique a los miembros de la familia imperial reunir en una sola mano varias tribus, lo que no hicieron los descendientes de Jacob, mientras duraron las tribus.

Los parientes en primer grado de los "Príncipes"

(1) Lavissee et Rambaud.—Histoire Générale.—Tomo 49, página 755.

(2) Lavissee et Rambaud.—Histoire Générale.—Tomo 59, página 487.

dueños de las democracias latino-americanas, son los que más confianza inspiran al receloso César, tal vez porque la opinión pública no transige con los desacatos sanguíneos y su depravación, pues nadie cree en el Korán, ni se ha llegado al punto de que pueda haber partidarios para un hijo que pretenda *cuartelear* a su padre, para una madre que ordene sacar los ojos a su hijo el Presidente, o para que hermanos carnales beban su propia sangre. Hasta Villa, en el pináculo del poder, mostró humanidad y cariño a sus hermanos Hipólito y Antonio. La cosa, se pone ya fea, entre primos y sobrinos, y particularmente con los hijos de adopción.

En nuestra gran Revolución, hay un hermoso problema digno de tuberculizar a un crítico infatigable, entregado a noble caza de la verdad, y al engrandecimiento de la historia. El problema de parentela, es el siguiente: ¿Los dos sobrinos del general Díaz, don Félix del mismo apellido, y don Ignacio Muñoz, traicionaron miserablemente a su tío, al hombre a quien todo debían, que de grillos los hizo pasar a príncipes? ¿El señor don Teodoro Dehesa, el hijo adoptivo del César, dió lugar a que éste, en 24 de mayo de 1911, lanzara el vulgar, pero siempre dramático grito que lanzan casi todos los dictadores latinoamericanos: "*Tu quoque Marce Brute fili mi ex iis es*"?

Nadie en México duda, ni a nadie le es permitido dudar que los sobrinos Díaz y Muñoz, y el hijo adoptivo Dehesa, estuvieron íntimamente ligados con los agitadores de 1908 a 1910, que habían escrito con saliva rábica, en la degeneración del César: "Elige entre Corral o la revolución que ignominiosamente y con ira de eunénide marihuana, del solio imperial te arrojará."

Esos miembros de la ya ilustre casa imperial Díaz, a la manera de los Flavios, protegían, defendían, ocultaron, exaltaron, enardecieron a todos los agitadores contra los "científicos." La inspección general de Policía, publicó un periódico de caricaturas, de lenguaje obsceno, contra los corralistas, redactado por don Ciro

B. Ceballos. Toda la *apachería mental*, recibía órdenes e instrucciones del sobrino Díaz, del sobrino Muñoz, del leal coronel Tovar, amigo incondicional del Presidente, y de los representantes del señor Dehesa. Don Juan Sánchez Azcona, abandonó a tiempo la capital por oportuno aviso de la inspección de Policía.

En el Estado de Veracruz, los agitadores, como afirma el licenciado don Roque Estrada, recibieron hospitalidad arabesca de extremada simpatía. Sólo faltó que oradores revolucionarios, en Veracruz y Orizaba, hubieran hablado sobre camellos veteranos transportadores a la Meca. Todos los comisarios de policía de la capital, habían recibido órdenes de la "Inspección," de no coartar la libertad de pensamiento de los fulmines tribunos, dijeran lo que dijeran; había sonado la hora de la libertad, al grito de la Conferencia Creelman, como continuación del grito de Dolores en 1810, y como principio del grito que había de dar el general Díaz por su batacazo sobre el puente del "Ipiranga."

El general Díaz, fué avisado oportunamente de la conducta de sus sobrinos que llamaban a la Revolución, cuando en treinta años no se había permitido ni llamar feo al general don Martín González. Admito que al general Díaz, como a todos los omnipotentes gelatinizados por una esclorosis cerebral, le hubieran salido en los ojos *cataratas de cemento armado* que le impedían ver lo que de infame estaba pasando. Pero si no veía, oía, y las voces de su familia íntima eran leales y penetrantes. Indudablemente que su hijo "Porfirito," no dejará en la humanidad la luminosa huella de Aristóteles, pero no es un asno; su glándula tiroide estaba intacta, es persona de buen sentido, de tacto, y sin sus reales virtudes que afirman un buen catastro personal, se hubiera hecho más insoportable que don Jorge Huerta. Conservarse treinta años en su posición, sin obtener el odio de los políticos, prueba delicadas facultades que podían haberle servido para decirle a su padre: "Félix y Nacho son unos Judas, hay que decirselo con un látigo en el rostro." Los Fernández, eran

parientes que veían, oían, leían, palpaban, sentían rugir la ola revolucionaria, y que de entre los obreros de la tormenta se destacaban don Félix Díaz, don Ignacio Muñoz y don Teodoro Dehesa.

Aqueste motivo de ver sumergidos a tres hombres en infamias de que no los creía capaces, me dedicó a estudiar el asunto, y creo haber encontrado que no hubo tal traición, sino que cariñosamente y siempre dispuestos a cumplir con sus deberes de gratitud y exigencias indomables de sus sentimientos patrios, los señores Díaz, Muñoz y Dehesa, obraban enteramente de acuerdo con el general Porfirio Díaz. El proyecto era: no queriendo el general Díaz, por muy graves motivos, romper con el señor Limantour y los "científicos," intratables en cuanto a abandonar sus pretensiones, resolvió obligar a don Ramón Corral, a que de una manera irrevocable renunciara su candidatura vicepresidencial, y a Limantour a que retirara su presión en vista ambos conspicuos, de la satanización a que habían llegado, que debía hacerles comprender lo imposible de alcanzar el poder. El pensamiento del Príncipe, pérfido sin duda para los "científicos," era magníficamente luminoso; una verdadera aurora boreal en la negra situación que afligía al país. De los mil ochocientos millones de habitantes del terrestre planeta, todos, excepto Limantour y Corral, hubieran renunciado con frenesí. Tal renuncia, no habría evitado la revolución.

Las pruebas críticas de lo peregrino que acabo de decir, las presento más adelante, Si he mandado algunas ideas en calidad de vanguardia de mi argumentación, es por lo que se refiere al nepotismo mexicano, que no he creído correcto que figure deshonrado.

Más sobre lo anterior

Durante el régimen monárquico de Occidente, feudal o absolutista, los parientes del soberano gozaban de grandes privilegios legales, y el nepotismo quedó incluido sin crítica y con la sanción del derecho divino, en la prerrogativa real. En las democracias modernas, según el tamaño político del Presidente, es el tamaño impolítico del nepotismo. En los Estados Unidos, donde el Presidente goza de gran poder político, el nepotismo es superior al existente en Suiza y en Francia. Ultimamente, hemos estado mirando en los Estados Unidos, que el yerno del Presidente, Mr. Mac Adoo, ha sido el Secretario de Hacienda más poderoso que ha existido en la Unión, y que al separarse, circuló con casi seguridades de verdad, que el suegro lo había designado al partido democrático para la futura presidencia. El Presidente Wilson, destrozó en Francia todos los precedentes protocolarios, haciendo que su esposa asistiese y pusiera su firma en el Tratado de Versalles. Desde la lucha de Caín y Abel, hasta 1919, jamás una mujer que no fuera la soberana reinante, había plantado su firma, con cualquier carácter, en un tratado de paz. Como acto de nepotismo obscurece a todos los conocidos.

En la América latina, los Presidentes que no son autócratas, se les parecen por detrás, por delante, por los lados, por arriba y por abajo. Y el nepotismo es un verdadero azote, brillando los temibles parientes en todos los negocios y acarreando para su casa los mejores provechos del robo político. Es no conocer el mundo, creer que el nepotismo del general Díaz fué un azote. Porfirito no pasó de teniente coronel, y su fortuna, a lo más de un millón de pesos mexicanos, prueba la moderación de su padre en el sentido del amor metalífero. Exceptuando a don Tomás Estrada Palma, que tal vez lo habría hecho ¿qué Presidente latinoamericano que ha ejercido treinta años el poder,

y manejado autocráticamente más de dos mil millones de pesos, ha beneficiado a su hijo con el medio al millar, contratando con él obras públicas no elogiadas por la opinión, probablemente por la modestia artística de tales obras? Porfirito, para conservar la forma democrática representativa y disimular su fortuna, se dedicó a vender quesos, los famosos quesos de "Paté" muy apreciados por la gente de delicado paladeo. A su sobrino don Félix Díaz, el César lo obsequió con la banda de general que indudablemente no merecía, pero colocó al héroe de humo, en el puesto de jefe de policía de la ciudad de México, que nada tiene de principesco, ni de aristocrático, ni de altamente lucrativo.

El inmenso Juárez, que se presenta en las escuelas a los infelices niños, y al pueblo, como el modelo del Presidente inmaculado demócrata, se entregó al nepotismo. Hizo y mantuvo diputado al Congreso Federal a don Pedro Santacilia, cubano de origen, y al mismo tiempo lo nombró su secretario particular, con alto sueldo pagado por la nación. A su segundo yerno, don Pedro Contreras Elizalde, lo hizo diputado al Congreso Federal. A su conuño don José Maza, le dió un excelente empleo en la administración pública. Al licenciado don Manuel Saavedra, lo nombró Ministro de Gobernación, cuando ascendió a novio oficial de una de sus hijas. No aplicó el nepotismo a su hijo Benito, porque éste era un insípido puericio. Su tercer yerno, don Delfín Sánchez Ramos, español, no obtuvo elevado cargo político, pero sí un contrato de armas con la Secretaría de Guerra. El hermano de don Delfín, don José, fué el que introdujo en México para el gobierno, el fusil Rémington, como representante de la afamada casa norteamericana. Ninguno de los parientes de don Benito Juárez, se enriqueció como los del general Díaz, pero la ecuación entre ambos nepotismos no puede ser legítima porque en tiempos del Presidente Juárez, apenas si alcanzaban las rentas para pagar al ejército sostenedor de sus continuas reelecciones, cada día más sanguinolentas.

En cuanto al azote de la *amistosidad*, hay que decir que en toda dictadura y, en general, en todo gobierno en este mundo, se gobierna más con favores que con leyes. Cuando ya no gobiernan las religiones, ni las costumbres, ni los gigantes del pasado, ni los principios cívicos de moral, pues todo duerme en sus tumbas; cuando gobiernan únicamente los intereses, los gobiernos son de amigos y para los amigos, y en política, se entiende por amigo el que recibe y traga tajada, y el peso de cada tajada sirve de unidad de medida para la amistad. El gobierno que no distribuye tajadas, no puede ser gobierno, si con sólo tajadas es posible gobernar. El bolshevismo, lo que quiere es repartir las tajadas para los suyos. Todo mexicano culto, sabe que se atribuye a Juárez haber dicho: "Para los amigos todo, y para los enemigos justicia. si se puede."

El general Díaz, profesaba el *tacañismo* en la amistad política y en toda clase de amistad. Según los más profundos teólogos de la Dictadura, se enriquecieron los miembros de su familia, y sus socios en los negocios; los que ocuparon, con o contra su voluntad, puestos de gobernador de los Estados, y los que abusando de su ignorancia en asuntos financieros, lo embaucaban y se enriquecían sin que él lo quisiera. Nunca quiso que se enriquecieran los intelectuales; un día dijo al general Pacheco, cuando supo que éste le había dado a ganar veinte mil pesos a un intelectual: "a esa gente es preciso tenerla siempre colgada de la tripa." No se puede citar a un intelectual que se haya enriquecido por el afecto o por la política del general Díaz.

Procuraba atraerse a los hombres de gran talento, porque los temía, y en consecuencia le eran antipáticos, y los colocaba en puestos secundarios o terciarios, detrás de una nulidad, para que la opinión público no se fijara en ellos. Su sistema era dar a los intelectuales una curul con *freno*, haciéndolos suplentes de un diputado propietario militar, más un sueldo de profesores y alguna otra comisión, para que vivieran regularmente, sin obtener por la fortuna su independencia. Esa

política lo dejó casi sin partidarios verdaderos, siendo innumerables los falsos.

Juárez, por el contrario; casi todos sus partidarios eran sinceros, recibían lo que les daba, no temía a los hombres de talento, los halagaba y estimaba en lo que valían. Jamás consintió Juárez que un periódico del gobierno atacase en lo más mínimo a uno de sus amigos; proclamaba un principio, y lo cumplía con su corazón de indio, tan tenaz como su cabeza: "Yo con todos y todos conmigo." No conocía la perfidia.

También es cierto que Juárez, fundía sus sentimientos y espíritu con los de los hombres de talento, porque era un intelectual. Entre el soldadón de fortuna y el intelectual de ambición, hay la atracción que presentan mutuamente un leopardo y un cocodrilo, disputándose una presa. El intelectual, no admite que la fuerza bruta deba gobernar. Ni el huracán, ni el rayo, ni el terremoto, ni las pestes, gobiernan. El hombre de guerra sub-salvaje, no comprende ni tolera que gobiernen al mundo las ideas; no cree en los hombres, sino únicamente en las garras y pezuñas de los brutos. Le parece imposible que la fuerza que sale de las conciencias ilustradas, conmovidas por los soplos apostólicos, sea la fuerza que gobierna sin cesar a la fuerza bruta cuando no está en paroxismo. Entre los militares ha habido, hay y habrá excepciones, que sepan atraerse a los intelectuales. En México, el general González tenía más partidarios que el general Díaz. Su salida de la Presidencia fué en realidad una caída, la prensa porfirista y la romerista lo habían destrozado, y sin embargo, fué necesario violar el reglamento de la Cámara de Diputados para lograr que pasara su acusación. No conozco caso en que un Presidente caído se haya encontrado bastantes amigos en un parlamento, para hacerlo temible y respetable.

El presidente don Benito Juárez, natural de Oaxaca, fué un ardiente oaxaqueñista. Sostuvo el privilegio oaxaqueño, dominante en la administración federal, desde 1858, hasta su muerte en 1872. Era tan notable

la protección que el indio de Guelatao dispensaba a sus paisanos, que la prensa denominó a los oaxaqueños "*hijos del cura*," porque, según la leyenda popular, hubo un cura que declaró que para sus hijos no había infierno.

El general Díaz, también oriundo de Oaxaca, se mostró tan oaxaqueñista como Juárez. En 1886, de los doscientos veintisiete diputados a la Cámara de Representantes, sesenta y dos eran oaxaqueños. Los grandes sueldos eran para ellos; en 1886 había: Secretario de Relaciones, licenciado Ignacio Mariscal, oaxaqueño; licenciado Manuel Dublán, Secretario de Hacienda, oaxaqueño; José Antonio Gamboa, Subsecretario de Hacienda, oaxaqueño; Pedro Santacilia, secretario particular del Ministro, oaxaqueño naturalizado; Manuel Goitia, corredor de Palacio con honorarios de treinta mil pesos al año, oaxaqueño; administrador del timbre de la capital con honorarios de 40,000 pesos, Miguel Tello, oaxaqueño; administrador general del Timbre en toda la República, sueldo y honorarios, catorce mil pesos, disfrutados por Eleazar Loaeza, oaxaqueño; José Maza, administrador de la aduana de la capital con veinte mil pesos, oaxaqueño; Patricio León, jefe de la oficina impresora del Timbre con sueldo y honorarios de doce mil pesos, oaxaqueño; Prisciliano Martínez, administrador del Timbre en el puerto de Veracruz, con veinticinco mil pesos de honorarios, oaxaqueño; Luis e Ignacio Pombo, diputado y senador respectivamente, contratistas del vestuario y equipo del ejército, con no menos de 250 mil pesos de utilidades anuales, oaxaqueños; general Martín González, jefe de estado mayor del Presidente, diputado y colector de grandes propinas de los hombres de negocios, oaxaqueño. Esto acontecía cuando los ingresos generales del erario apenas ascendían a treinta y tres millones de pesos.

El general Díaz, había diseminado a los oaxaqueños como gobernadores de Estados o jueces de Distrito o circuito, o jefes de Hacienda, o administradores del

Timbre, o secretarios generales de gobierno, o inspectores de Hacienda, para que fuesen para él, lo que los jesuitas para el Papa, encargados de sostener la fe en el héroe de la paz, la doctrina de la Gracia por el reeleccionismo, el dogma: "Nada de política, todo administración," la integridad de la ortodoxia, el horror a la agitación, y sobre todo, el teorema del reverendísimo Padre Molina, de la Compañía de Jesús: "el Papa lo puede todo, y . . . y . . . algo más."

Con motivo de haber sido arrojado por el general Díaz, el general Martín González, como un alacrán sobre la sociedad de Oaxaca, ésta consideró inolvidable afrenta que se humillara a un Estado que había dado al país tantos hombres ilustres, entre ellos don Benito Juárez, imponiéndole, como decían las damas oaxaqueñas, a un anciano de 76 años, llamado "Caclito", y que representaba según el leal saber y entender de ellas, no todos los vicios, sino su caricatura. Los ocho años que los oaxaqueños se vieron obligados a sufrir al escorpionesco favorito del Príncipe, desquiciaron las relaciones dulces y caras del pueblo de Oaxaca con el Caudillo, y el oaxaqueñismo se convirtió en un copo de conveniencia, sin color exterior, y de cólera por dentro.

El privilegio oaxaqueño duró sobre México, desde 1858 hasta 1911 ¡53 años! Ya era tiempo de cambiar de privilegiados, decían los censores académicos de la Dictadura.

*
* *

Más sobre lo anterior

El nepotismo en el señor Limantour, se reveló por la entrada en el Senado, de su suegro, el estimable caballero don Eduardo Cañas; en las mercedes otorgadas a su hermano Julio, y en la protección juiciosa y merecida al ingeniero arquitecto don Pedro Gorozpe. No hubo más parentela. Los mayores enemigos del señor

Limantour y de los "científicos," fueron el Ministro Baranda, el Ministro Mariscal, el Ministro González Cosío, el gobernador de Veracruz don Teodoro Dehesa, y el gobernador de Nuevo León, general Bernardo Reyes.

Don Joaquín Baranda, pasó repentinamente de la postergación como connotado lerdista, a la Secretaría de Justicia del Presidente tuxtepecano, general Manuel González, por un acto de nepotismo. Su hermano el general don Pedro, logró adquirir la simpatía del gobernante, y tomando el martillo de la recomendación adulatoria, consiguió que el general Presidente llamase al Gabinete al arrinconado don Joaquín. El general don Francisco Cantón, medio hermano de los Baranda, obtuvo del Presidente González importantes concesiones ferrocarrileras en Yucatán, que le valieron alcanzar una fortuna de cinco millones de pesos. Las concesiones fueron obtenidas por la influencia de don Pedro Baranda, socio oculto de Cantón. En la época del general Díaz, el licenciado don Joaquín Baranda, siempre Secretario de Justicia, logró del César que su medio hermano don Francisco Cantón fuese nombrado gobernador constitucional del Estado de Yucatán. Cuando en septiembre de 1900, el general Díaz pidió al licenciado Baranda su renuncia del cargo de Secretario de Justicia, el aplastado, le suplicó sin mostrar donaire, ni majeza, que le permitiera presentar la renuncia hasta que su hijo Joaquín no hubiera sustentado su examen profesional en la Escuela Nacional de Derecho, lo que prueba que el feliz joven debió su título profesional al nepotismo, o a algo muy parecido, en caso de que hubiera poseído la ciencia de Papiniano.

El licenciado don Ignacio Mariscal, también fué hombre de nepotismo. Hizo que el Príncipe llevara al Senado a su hermano don Alonso; que su hermana doña Carmen, obtuviera un empleo en la Escuela de la Encarnación; que su primo don Miguel Miranda, obtuviera el empleo de ecónomo en la Escuela de Jurisprudencia; que fueran nombrados diputados federales su

sobrino el licenciado don Alonso Mariscal y Piña, y sus yernos don Julio Limantour y Tomás Morán. A sus sobrinos, los ingenieros señores Mariscal y Piña, les consiguió obras importantes, entre ellas, la reconstrucción del palacio de la Secretaría de Relaciones.

El general don Manuel González Cosío, Ministro universal a sorbos, no teniendo hijos varones a quienes hacer generales o diputados, se dedicó al nepotismo con sus yernos, los doctores López y Villarreal. El primero, entre otras canongías, tuvo la de director del Gabinete Rábico, con magnífico sueldo por nunca aparecer en esa importante oficina de sanidad. Esperaba para verse obligado a tomar la jeringa de Pravaz, que al general Díaz o a alguno de sus familiares lo atacase un animal rabioso, que no fueran los demagogos.

El señor Dehesa, también hizo uso del nepotismo para abrir las puertas de la Cámara de Diputados a su hermano don Francisco y a su hijo don Raúl.

Debo declarar, que el nepotismo de los próceres citados, enemigos del señor Limantour, fué de calidad decente e irreprochable dentro de las doctrinas de política *natural* que he emitido. No así los magnates general Reyes y Vicario Limantour. El general Reyes, concentró su nepotismo en su hijo don Rodolfo y en su yerno el licenciado Dávila, de Monterrey. Consta en las respetables crónicas del "*Palacio de las Consignas*" de la calle de Cordobanes, que al licenciado don Rodolfo Reyes no se le iba un "amparo." Donde apuntaba la consigna de su señor padre, Secretario de Guerra, allí caía la Justicia atravesada de parte a parte por las exigencias de la política filial. Ese joven, acabado de salir de las aulas tan tierno, era ya omnipotente, podía hacer temblar a todos los intereses nacionales, y poner en insomnio angustioso a todo el que tuviera un peso en la bolsa o en algún documento. En el primer año, su bufete le produjo 900,000 pesos, lo que alarmó a la población no obstante su costumbre de vivir en crónica tiniebla. El licenciado Dávila, en Nuevo León y Coahuila, no perdía un litigio, su elocuencia estaba

siempre respaldada por las sombras rojas de la pacificación de la frontera, que habían hecho decir al general Díaz, en el banquete del ósculo de ambos nepotismos: "Así se gobierna." El nepotismo del general Reyes, era un peligro de muerte para la nación.

Lo mismo era el del Vicario Limantour, obrando en beneficio de su hermano don Julio, coincidencia peregrina que sólo podría explicar un mitólogo estudiando a Proserpina. Don Julio Limantour, era un "Un Ojo Parado" como don Gustavo Madero, el tremendo hombre de negocios de la primera época de la Revolución. La intervención de los ojos de esmalte en la política mexicana es tan inquietante, como fué para los habitantes de Delfos el sudor copioso de las pitonisas. Las mercedes otorgadas por el Vicario a su hermano, fueron exorbitantes: introducción en el consejo de administración del Banco Nacional de México, de toda la judería Scherer, lo que ponía al Banco bajo la concupiscencia del Becerro de Oro, convertido en elefante con garras de tigres y triple dentadura de seláceo. Fué la dictadura de Huguito Scherer en el Bancó Nacional, lo que obligó a los accionistas de París a enviar a México a Mr. Simon para impedir la catástrofe. Si por algún motivo inesperado, no se hubiera consumado el menjurge ferrocarrilero de 1908, habría perdido el Banco varios millones de pesos. Es desolador para el crítico de buena fe, que no se sepa hasta dónde habría ido el señor Limantour al comprar a su hermano las acciones ferrocarrileras, si los banqueros neoyorquinos no se hubieran atravesado en bien propio y de México. La nación, confiaba en que el señor Limantour se ajustaría a las reglas de probidad que en 1893 había propagado como programa de sus finanzas; las recomendadas por San Isidoro, Obispo de Sevilla, a los Reyes godos. ¿Habría sido capaz de dar a ganar al hermano y a los Scherer, cincuenta, ciento, o más millones de pesos, comprando a la par o al 99 $\frac{1}{2}$, acciones que nunca valieron más de 17%? La opinión, con esa procaacidad tan natural en los proletarios adoloridos, soste-

nía y sostiene, que el principal socio de la casa Scherer-Limantour no era don Julio, sino don Pepe. Da pena decirlo, con lágrimas en los ojos y en todas partes: el bolshevismo contiene algunos alcaloides de justicia.

La segunda merced censurable, fracasó: don Julio Limantour patrocinaba una compañía colonizadora mexicana, que pretendía establecer colonos yanquis en la Sauteña, terreno colindante con territorio norteamericano. Don Julio, solicitaba un auxilio de veinte pesos por colono. El Vicario tomó a su cargo el asunto, y lo recomendó al Presidente. El Secretario de Fomento, se opuso al contrato e hizo ver al general Díaz que, si las concesiones de Texas a Esteban Austin fueron un error del gobierno, después de lo que nos pasó de 1836 a 1848, sería una traición a la patria admitir colonos yanquis en nuestras tierras de la línea divisoria. El Secretario de Fomento fué atendido, y el señor Limantour quedó desairado.

La tercera gran merced, fué la colocación de acciones en París de los bancos de Yucatán, uno quebrado ya, el otro desmantelado de todas sus reservas y con crujiidos de naufragio. Si es cierto lo que asegura el licenciado don Olegario Molina, que consultado por el señor Limantour sobre la solicitud de los bancos yucatecos para aumentar su capital, él, Molina, confirmó la verdad y opinó que no debía concederse, y, sin embargo, a sabiendas, en vez de enviar el Vicario un visitador de bancos a Yucatán, autorizó el fraude, este acto coloca al señor Limantour bajo la desastrosa influencia del Código Penal de México, y de la reprobación de la historia patria y universal.

Sí se nota que los dos hermanos Limantour, eran Abel y más Abel, y que el férvido cariño fraterno aparecía tan peligroso para la nación mexicana, como la poética filogenitura del general Reyes, concentrada en don Rodolfo, hay que admitir que el desmedido nepotismo de los próceres, rivales en cantidad de mercedes para un solo objeto querido, significaba la muerte por

agotamiento apirético del pueblo mexicano, tal vez en menos de cuatro años.

*
* *

La amistosidad

En la América latina, en el fondo, la forma de gobierno, sea dictatorial, faccional u oligárquica, es *de los amigos para los amigos*, hasta donde lo permiten los gobernados o robados; pues el objeto principal de las clases directivas, es vivir del gobierno y enriquecerse por el robo público.

Desgraciadamente, los tristes pueblos de la "Joven América" consienten demasiado en que se les mate de hambre por los *trusts*, el contratismo, el nepotismo y el patriotismo, que exige vivir de mentiras.

El general Díaz comprendió la esencia de su gobierno, siempre con tacañismo; pero cuando se sintió omnipotente, entonces la forma de gobierno fué: el gobierno del general Díaz para el general Díaz, bien dispuesto por su patriotismo, para hacer la felicidad del pueblo, como una gracia de su naturaleza de demiurgo.

El general Reyes comprendió la doctrina del gobierno *de los amigos para los amigos*, y la manejó teóricamente, con maestría; se emitieron bonos de promesas por cantidad incalculable, para robar al César su "apachería mental" de la Secretaría de Gobernación; ofreció a toda la broza social e intelectual, embajadas, curules, altas magistraturas, sinecuras asiáticas, manos libres en las cajas públicas, patrocinio de contratistas, disimulo para el peculado, venganza libre. Todas las fuentes que surtían de millones imaginarios a los "científicos," a su disposición. Pero el general Reyes, en la práctica, era en lo personal tan avaro como el Príncipe, como el Vicario Limantour, y sus generosidades con el tesoro de Coahuila, aparecieron roñosas.

En lo que sí era muy cumplido, era en procurar a sus amigos cargos públicos, empleos apetecibles, influencias poderosas, y gobierno de los Estados. Los defendía contra los chismes, emprendía enaltecerlos ante el César. Fuera de las cuestiones de dinero, era un verdadero amigo, creador de partidarios. Sabía seducir, mostrarse zalamero y artificioso, siempre que no lo contrariaran; porque entonces feúco el rostro, ferrugiento en su actitud, desplegaba su carácter cascarrón y se oía el lenguaje meretricio, precisamente el usual de la *apachería* del Príncipe. Neutralizaba bastante las deficiencias del padre Reyes, su hijo Rodolfo, atractivo por lo insinuante, agradable, fino, conciliador inalterable. Más fueron los beneficios que hizo a la ambición de su padre, que los males con su inexperiencia, que no podía suplir su innegable talento.

El señor Limantour, en cuanto a amistad, era un tipo de ictioso o de filodendro. Mostró en 1896, que tomaba la política como un deber teologal, sujetándose a las Sagradas Escrituras, arregladas por el enorme BOSSUET en las "*Instructions pour la conscience d'un Roi*," dedicadas a Luis XIV. La burocracia llegó a estimarlo con miedo, se le figuraba San Bernardo vestido a la inglesa, seco, acartonado, amarillento y lleno de cilicios, organizando el célebre monasterio de Clairveaux. Después, la opinión pública vió en el señor Limantour a un hombre débil, manejado por dos o tres favoritos que habían podido inculcarle la idea de su divinización, y que lo que trataba de organizar era lo que acabó de perder a Rusia en 1915: la dictadura del imperio por Rasputín, con el objeto de que el imperio fuera disfrutado por un binomio o trinomio de insaciables. El efecto en México del rasputinismo, debió ser el que tuvo en Rusia, dar el golpe de muerte a la autocracia. El rasputinismo, cuando no acaba con la autocracia, acaba con el autócrata por el regicidio.

El señor Limantour no creía tener deberes para sus amigos políticos, tal vez porque siempre declaraba que no quería meterse en política; y no hacía otra cosa, pro-

curando tener un grupo de altos intelectuales, numerosos, aguerridos, fieles e imponentes. Todos en México han creído que en 1908, había un partido científico que reconocía al señor Limantour como jefe. Nada más falso; al ver los "científicos" que el señor Limantour inventaba cada dos años un viaje a Europa, para no meterse en cuestiones electorales y recomendar al César a sus amigos; cuando éstos vieron que no los defendía contra las agresiones autorizadas por la Presidencia; cuando vieron que los dejaba a merced de la prensa de falsa oposición y porfirista incondicional; cuando vieron que permitía que el ministro Baranda organizara cuadrillas de sicarios para asesinarlos; cuando, en fin, conocieron que eran estúpidas víctimas de un egoísta torpe, que estaba en su derecho para ser la estatua de granito ante sus amigos pero no para llevarlos a la política con objeto de que se estrellaran ante la estatua de ese granito, los *científicos*, entonces, fueron desertando, y todos, entre ellos el licenciado Pineda, eran los enemigos políticos del señor Limantour, y consideraban, como dicho licenciado Pineda lo repetía, que en el poder, el "Vicario" sería la mayor de las calamidades mundiales, sin más ideal que hacer rasputinismo en favor de la casa Scherer-Limantour (Prida, Morineau, Cosío y otros pinedistas que aun viven, pueden servirme de testigos en estas apreciaciones). El único de los *científicos* que jamás arrojó leña en el horno donde se carbonizaba la personalidad política del señor Limantour, fué don Pablo Macedo, pero nunca se atrevió a defenderlo ni a recoger los cargos para contestarlos; escuchaba y hacía lo de costumbre, cuando no quería comprometerse, comer y saborear uno por uno los pelos de su bigote.

Si los *científicos* que buscaban el poder, — que era la minoría de ellos, pues la mayoría conociendo que la política del señor Limantour había conducido al grupo a una satanización tan enérgica, que antes que a ellos prefería el país la Revolución, — no creían posible en ningún caso y por ningún motivo, un gobierno de "cien-

tíficos," y los escépticos que permanecieron en el grupo, pues muchos se retiraron sin escándalo y con circunspección, fué en vista de la mala fama que injustamente empequeñeció al señor Calero, por haber abandonado un grupo de víctimas del egoísmo frío de un hombre, bueno para con cifras y sólo con cifras, apoyado por un dictador omnipotente, con éxito moralizar una administración como se arregla un libro de caja; pero que no entendiendo de pasiones, de sentimientos, ni la psicosis social del medio, ni las necesidades de la época, debía llevar a un desastre al país y a otro mayor a los que los rodeaban. No diré, como muchos han dicho, que el señor Limantour acabó en París por traicionar a los "científicos" ambiciosos del poder; porque, lo repito, éstos eran sus más terribles enemigos políticos, más que los reyistas o dehesistas, y el señor Limantour siempre tuvo la ambición de ser Presidente. Si volvió de Europa a México en marzo de 1911, fué porque el general Díaz, aterrado con la soledad, le ofreció que sería el que gobernase a la nación, y su sucesor. Ya se sabía que el señor Corral estaba condenado a muerte próxima por un cáncer interior.
